

ENSAYO

DE MITOS, DE MANCHADOS Y DEFORMES **Cultura es lo que somos... Civilización lo que tenemos**

Betancourt Osorio, Jaime

En las más remotas tradiciones religiosas y en diversas áreas del mundo, han existido representaciones o personajes mitológicos, que no tienen el aspecto físico del ser humano que nosotros llamamos normal. Eran innumerables esos seres que ocupaban predominantemente lugar en las más antiguas tradiciones griegas, romanas, hindúes, etc. Basta con recordar al unicornio, las sirenas, las gorgonas, las greas, el minotauro.

Cuando los europeos llegaron a las tierras americanas encontraron que los indios poblaban un universo mágico. No eran los dueños del mundo, sino parte de él, y no habían sido creados para señorear los animales, los ríos y las plantas, sino para convivir en armonía con ellos. Creían en el alma de la naturaleza, no se inclinaban frente a los ídolos de madera sino ante el sol. Fuerzas superiores se encontraban para ellos detrás de los elementos; por eso, el árbol, el jaguar, el colibrí, las piedras preciosas y otros objetos o seres eran sagrados.

La medicina era, por lo tanto, una actividad sobrenatural. El chamán, el curandero y el brujo eran la misma persona. Había una rigurosa distancia entre él y los demás indígenas -sólo se respeta lo distante- y únicamente en ocasiones excepcionales se le miraba directamente a los ojos. "Los ojos son la parte menos densa del cuerpo y por intermedio de ellos las personas intercambian secretos y energías". Era el intermediario entre los seres del más allá y los hombres de la tribu. Manejaba poderes misteriosos y en sus manos estaban la vida y la muerte. Por eso se le temía, o se le admiraba, pero nadie lo quería.

La curación por otra parte, era una ceremonia religiosa en la que el chamán, revestido con plumas y collares, se involucraba en danzas y conjuros, armado de maracas y de utensilios mágicos que espantaban el mal. El tratamiento no sólo era físico sino mental.

Igualmente aquí en nuestra tierra son bien conocidos, sea para beneficios o sea para maleficios, personajes tales como la madre monte, la patasola, el patetarro, la llorona, el hojarasquin del monte y cuántos otros habrá, más lugareños o circunscritos a pequeñas poblaciones de nuestro país.

Jaime Betancourt Osorio MD, Dermatólogo
Cali, Valle del Cauca
Colombia

Curiosamente, entre los antiguos americanos algunas deformaciones del cuerpo y enfermedades intrínsecamente desagradables a la vista y hasta repugnantes, se llevaban con orgullo como marcas de abolengo o señales de privilegio, para desempeñar oficios delicados o como signos naturales de que la persona poseía condiciones mágicas extraordinarias. Lo más sorprendente y que más interesa al tema, es que la lesión producida artificialmente podía conferir a la persona el mismo status de privilegio que las naturales. De otro lado, la reproducción figurativa del enfermo o de la enfermedad, equivalía al enfermo mismo, en sus condiciones mágicas inmanentes; por tal razón, en las cerámicas de las tribus indo-americanas es corriente encontrar figuras con labio leporino, tumores oculares, exoftalmos, ceguera, parálisis facial, jorobados, leishmaniasis (uta), carate, etc.

Algunas de estas enfermedades, enraizadas en los prejuicios sociales y en los mitos, han sido estudiadas bajo el rubro de enfermedades étnicas o raciales y comprenden malformaciones y enfermedades crónicas con síntomas ostensibles, tales como: manchas, bocio, tumores de la piel, úlceras de evolución crónica y benignas para las tribus que las sufrían ancestralmente.

Las lesiones de carácter etnológico mejor documentadas, probablemente por haber sido las más difundidas en América, son las manchas de carate o mal pinto. Se supone que esta enfermedad fue difundida en gran parte de la floresta tropical por las tribus Caribe y Arawac y el orgullo con que algunas las ostentaban llegaba hasta el extremo de fingirlas pintándose o tatuándose la piel, cuando no las tenían naturalmente; en cambio, otras tribus lejanas de las Arawac, las consideraban un oprobio, producto de maleficios y hechicerías.

En relatos recogidos en la Isla Española por fray Román Pane, compañero de Cristóbal Colón en su segundo viaje, se menciona ya la enfermedad caracaracol (nombre local del carate) como metonimia de nativo, atribuyéndoles a éstos cualidades dependientes de la enfermedad. En algunas fábulas figuran "tres hermanos de un mismo vientre y gemelos", de los cuales del héroe y único que alcanzó a tener nombre, se advierte "que era caracaracol". En Castilla de Oro, parte atlántica de nuestro país, "los caciques y señores escogían indios carates para cargar las hamacas en que viajaban. Todavía en 1769, los indios centroamericanos Chiapas, tenían las manchas por "bendición del patriarca Santo Domingo" y las llevaban con agrado, que cuando no las tenían naturalmente, las imitaban, sobre todo en ciertas ceremonias públicas.

Se ha supuesto que el hábito de pintarse y tatuarse la piel tan acentuado entre los indios americanos, guardase alguna relación con el culto a las manchas del carate, sobre todo los tatuajes negros que, refiere Fernández Oviedo, se hacían "sacando la piel", sangrando y poniendo en tales cortaduras y fisuras carbón molido; tatuajes llevados por señores y caciques de Venezuela y Colombia, "eran galones, que según su extensión en la superficie del cuerpo concedían más o menos agrado": "de pechero a libre y de libre a hidalgo extenso y de hidalgo a caballero, y de caballero a conde o marquez, y de marquez a duque y de duque a príncipe, etc. "(sic)." Y de indio que anda ya pintado en la misma cara o más alto en la frente... ..es como valiente capitán o como conde Fernando González o el Cid Ruy Díaz".

Para los antiguos peruanos cualquier cosa distinta de lo normal, podría tomarse por objeto de culto, fuese una piedra rara, una planta o un animal fenómeno.

En algunos lugares, el nacimiento de un niño fenómeno se celebraba como un acontecimiento público, acostumbrándose felicitar y regalar a los padres, para asegurarse parte de los beneficios que el anormal traía a la comunidad. Curiosamente, los mellizos, los siameses, los de nariz hendida (leporinos), los jorobados, los manchados por nevus y hasta los invertidos, eran tenidos por personas sagradas. En la mitología mexicana, Xoloth hermano gemelo nada menos que del dios de dioses Quetzalcóatl, era la divinidad de los fenómenos dobles y se les personificaba entre otras formas en el perro sin pelo. Uno de los primeros inquisidores de la idolatría, en la provincia peruana de Huarachirí (zona endémica de Uta) refiriéndose al ejercicio de la magia, dice: "...es hereditario pero también puede ser señalada para tal objeto, alguna persona que tenga defectos físicos".

Guaman Poma de Ayala señala que "se hacen magos, los llamados hijos del rayo, que son los mellizos, la nariz hendida y los nacidos de pie".

En otro relato sobre las idolatrías en Huarachirí, se dice: "quando havia yelos llamavan a los que nacieron de pie, a los que tienen partido los labios y a los que nacieron dos de un mismo vientre y a éstos riñen los sacerdotes gentiles diciéndoles que por no haber ayunado a sal y ají havia yelos y luego los mandava que por diez días ayunasen al modo ordinario y que se abstuviesen de mujeres... y dábanles además por penitencia que se lavasen y guardaban las demás ceremonias de sus confesiones".

Jacinto de la Serna, inquisidor de la idolatría en México, todavía el año 1656 decía: "estos médicos o adivinos. son unos indios mal encarados de naturaleza, o cojos, o tuertos, y estos tales atribuían la elección de su sacerdocio, o la gracia que tienen para curar, a aquellos defectos que padecen".

Los emperadores de México y el Perú entre las curiosidades de sus palacios guardaban colecciones de plantas, animales y de hombres fenómenos.

Hernán Cortés refiere en su segunda carta al emperador, Carlos V que Moctezuma en uno de sus palacios tenía "muchos

hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos manchados y otros con otras deformaciones, y cada manera de monstruos en un cuarto para sí, y también había que estos, personas dedicadas para tener cargo de ellos". En otra parte dice: "Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas" (familia de albinos diríamos ahora) condición necesaria para sacrificar a la luna, cuando había eclipse.

En el Perú, Guaman Poma de Ayala refiere que "los emperadores Incas, en la ciudad imperial del Cuzco, reunían en un mismo barrio a los ciegos, los corcovados, mudos, nariz hendida, obligándoles a casarse cerradamente entre los que tenían igual defecto, a fin que no se agotasen".

La fama del talismán de felicidad y buen éxito de que todavía disfrutaban en algunas partes los jorobados (sobarles la joroba trae buena suerte), fue muy general en la América precolombina, compartiéndola en algunos lugares con los enanos y otros defectuosos. Quetzalcóatl enseñó a los grandes señores, durante los combates; son tan frecuentes las figuras de jorobados y enanos que ya se ha supuesto que tuviesen algún carácter divino. Aparecen danzando en actitud de conjuros mágicos. La diosa de la tierra tenía a su servicio en la casa de la Vida gran número de enanos y jorobados.

Úlceras del rostro y erupciones de verrugas aparecían así, por el criterio mágico de periodicidad, como expresiones del temperamento de los dioses, augurio de la calidad de las cosechas.

Desde luego con las mismas lesiones ya fuesen naturales, producidas artificialmente o figuradas en cerámica, se podía también actuar sobre el temperamento de los dioses, induciendo condiciones favorables.

Entre los Incas existía el dios Nanohaut o dios buboso y la palabra Quiche tenía dos significados: Majestad y Bubas.

También las figuras de hidrópicos y parturientas tenían su significado mitológico, tanto que a los primeros se les tenía como capaces de impedir las lluvias, facultad que en algunas oportunidades era necesaria.

Entonces se explica que los encargados de sembrar y cosechar papa, tuviesen las marcas de la enfermedad, como sucedía con la leishmaniasis (Uta).

BIBLIOGRAFIA

1. Colón, F. Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón. Colección de Fuentes para la Historia de América. Editorial Bajel. Buenos Aires. 1944
2. Fernández de Oviedo y Valdez G. Historia General Natural de las Indias. Editorial Guaraní. Asunción. Paraguay. 1945.
3. Levi-Strauss C. El Pensamiento Salvaje. Breviario del Fondo de Cultura Económica. 1965.
4. Weiss P. Significado del motivo enfermedad en el arte figurativo precolombino. Dermatología Revista Mexicana 1969; 13(1)
5. Saavedra JJ. De los medicamentos y aledaños a través de los tiempos y los años. Editorial Lafancol. Cali. 1992.
6. Guaman Poma de Ayala F. Nueva crónica y buen gobierno. Editorial Cultura Lima, Perú. 1956.